

naban, entre siseos de los espectadores, los débiles aplausos de la «claque». Esto fué creando un clima molesto, que estalló al final en terrible tormenta, porque el público, que había querido ser correcto, cansado de que se prolongase la representación con tantas repeticiones, protestó en masa, airadamente, puesto en pie.

El espectáculo fué lamentable. Guerrero pidió silencio, para hablar. Estuvo torpe, pues tan solo se le ocurrió decir que se había gastado mucho dinero en montar la obra—era autor de la música y empresario—, con lo cual excitó más al público, que también se había gastado el dinero para divertirse. Faltó poco para que los espectadores causaran daño en el teatro. La representación terminó con un escándalo monumental.

Yo sufrí aquella tarde. Recordaba tantos triunfos y tanta música alegre de Guerrero. Me dolía que por querer forzar la máquina de la inspiración, llegase a semejante fracaso un músico de tan justa fama en su género.

Lo encontré unos días después—aquella tarde no se me ocurrió entrar al escenario—y no pude callarme:

—Es una pena—le dije—lo de su última revista. Un maestro de su talla tiene que cuidar siempre la producción. Le sobra a usted talento para seguir escribiendo esa música alegre, tan suya y tan del agrado del público.

Afectuoso y cordial como siempre, sonrió y dijo, dándome un abrazo:

—De todo ha de haber. Creo, además, que el público estuvo exigente: la revista tiene paso.

—Usted no se puede conformar con que tenga paso—repliqué.

—Y no me conformo—me atajó—. Ahora tengo buenas cosas en marcha. Vamos un rato juntos y le contaré.

Me cogió del brazo y bajamos por la calle de Carretas, en la que había sido el encuentro, hacia la Puerta del Sol. Por Montera salimos a la Gran Vía. Guerrero hablaba, hablaba sin cesar. De los planes futuros, pasamos a evocaciones de cosas pasadas. Yo me había olvidado ya del incidente que presencié en el Albéniz. Su charla me hacía revivir toda aquella música suya que tantas veces me deleitó a lo largo de mi vida.

Nos despedimos en la Plaza del Callao. Y no lo volví a ver, porque una repentina enfermedad cortó su existencia, en plena madurez y en pleno triunfo. Se sintió enfermo en Toledo—en un pueblo de esta provincia, Ajofrin, había nacido, en 1895—, durante un homenaje que allí se le tributaba. Conducido a Madrid, murió en la mañana del 15 de Septiembre de 1951.

Después de su muerte, en la partitura póstuma de *El canastillo de fresas*, volví a oír, como en tantas y tantas obras suyas, el repique inspirado y brillante de su música alegre.

Busqué la Paz

Busqué la paz en el hogar paterno,
luego, en mi propio hogar;
en los halagos que prodiga el mundo,
¡espejismo fatal!

En la ternura, el gozo, la inocencia,
el amor, la amistad;
en el deber cumplido sin desmayo,
con incesante afán;
en la lisonja que alimenta el humo
de nuestra vanidad;
en la conciencia exacta de las cosas...

¡En nada de esto está!

Pero te oí, Señor: «¡La paz os dejo!»,
y entonces, sin dudar,
la he buscado en tu amor, y en él estaba...

¡Porque tú eres la paz!

Cladia Montesino